



Nicolás de Pedro
Investigador principal, CIDOB

Rusia es una potencia olímpica. Y, como sucede con el resto de grandes actores internacionales, política y deporte suelen ir de la mano. Especialmente, cuando se trata de acontecimientos deportivos masivos con repercusión mundial. De hecho, lejos de ser una excepción, Rusia es, desde hace décadas, un perfecto exponente de esta dinámica. Desde su primera participación en unas Olimpiadas en 1952, el deporte fue para la URSS uno de los ámbitos propicios donde mostrar la pretendida superioridad soviética sobre el mundo capitalista. En la actualidad, la Rusia de Putin, sin esta dimensión ideológica, también apuesta por los grandes eventos deportivos como vía de legitimación política ante su audiencia doméstica y el mundo. Así, los Juegos Olímpicos de invierno de 2014 en Sochi se concibieron como la presentación oficial ante el mundo de la *nueva Rusia, grande y abierta*, que dejaba atrás los traumas de los años noventa y retornaba al primer lugar de la escena internacional.

Sochi era, y es, una apuesta personal del presidente Putin, empeñado en reconvertir la antigua Riviera soviética en un «**nuevo resort de clase mundial para la nueva Rusia y el mundo entero**». Así lo explicitó él mismo ante el Comité Olímpico Internacional (COI) reunido en Guatemala en julio de 2007. Además de las olimpiadas de invierno, Sochi acoge, también desde 2014, el gran premio de Rusia de Fórmula 1 y, por supuesto, la residencia de verano del propio presidente ruso donde suele recibir a dirigentes de otros países o acoger cumbres como la Rusia-ASEAN celebrada en mayo de 2016. Sin embargo, más allá de la agenda oficial del Kremlin, Sochi está aún muy lejos de ser un punto de referencia global. Y ni siquiera parece que lo sea para el turismo local.

El Kremlin vivió los juegos de Sochi (febrero de 2014) con gran triunfalismo y al propio presidente Putin se le vio, en varias ocasiones, **celebrando entusiasmado** los triunfos de los atletas rusos. Rusia, de hecho, acabó primera en el medallero de Sochi. Las encuestas elaboradas en su momento por el centro independiente Levada sugieren, por el contrario, que la ciudadanía rusa no compartía este nivel de entusiasmo. Fundamentalmente, por los elevados costes y las sospechas de corrupción masiva. El coste inicial previsto de Sochi, 12.000 millones de dólares, se disparó hasta

los 55.000 millones. Los de Sochi son así, hasta la fecha, los juegos más caros de la historia, incluyendo todos los de verano que requieren, normalmente, una inversión mayor. La cuestión de los sobrecostes se agrava aún más si se tiene en cuenta que se imputa de forma destacada a la malversación y que, además, prácticamente toda la financiación provenía de fuentes públicas aunque parcialmente camuflada a través de grandes corporaciones de titularidad estatal como Gazprom. De esta manera, Sochi se convirtió en un reflejo de la corrupción profundamente arraigada en las entrañas de la Rusia putinista.

Asimismo, más que el país *abierto* que se anunciaba en 2007, Sochi reflejó la Rusia de la represión de toda disidencia política. Así, aunque se trató de un incidente aislado, resulta obligado referirse a la agresión que sufrió la banda punk Pussy Riot a manos de un grupo de cosacos, desplegados como fuerza paramilitar de apoyo. Las componentes del grupo fueron **gaseadas, golpeadas y azotadas** mientras estaban en el suelo, por algún cosaco utilizando su tradicional *nagaika* (látigo).

«**Sochi hoy. Mañana el mundo**», rezaba la campaña lanzada por el banco público Sberbank, imbuido de esa búsqueda de grandeza a la aspira el Kremlin. El mensaje, sin pretenderlo, se convirtió en irónicamente premonitorio. Al apagarse la llama olímpica en Sochi se iniciaba la operación militar que conduciría a la anexión de Crimea por parte de Rusia y el inicio de la guerra en el este de Ucrania. Y como resultado de todo ello, el progresivo distanciamiento con Occidente y la escalada de sanciones y contrasanciones actual.

Y este ambiente enrarecido y de confrontación es el contexto en el que se produce el escándalo sobre el doping ruso que ha puesto en cuestión la propia participación de Rusia en los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro. El asunto estalló en el mes de noviembre de 2015 cuando se hizo público un informe de la Agencia Mundial Antidopaje (AMA) en el que se denunciaba la «**existencia de un sofisticado y bien establecido sistema de dopaje promovido por el Estado ruso**». Al informe le han seguido **revelaciones periodísticas** con detalles sobre cómo funcionaba este sistema de dopaje generalizado y en el que, supuestamente, el propio FSB (organismo sucesor del KGB) habría gestionado un laboratorio paralelo (y secreto) en Sochi para falsificar las pruebas de los atletas rusos. La súbita e inesperada muerte el pasado mes de febrero de los dos ex directores de la Agencia Antidopaje, uno de ellos al poco de contactar con un diario británico, no ha hecho sino agudizar las sospechas.

Ante la gravedad de las revelaciones del informe de la AMA, la federación internacional de atletismo (IAAF, por sus siglas en inglés) ha vetado la participación de Rusia en Río de Janeiro. Como primera reacción, el ministro de deportes ruso, Vitaly Mutko, apuntó a la teoría conspirativa, según la cual el veto tenía motivaciones políticas y era parte de la «guerra informativa de Occidente» contra Rusia. Es decir, un elemento más para alimentar la narrativa y paranoia putinista sobre el asedio de un *Occidente pérfido* que busca su derrocamiento y la usurpación del poder en Rusia.

Paralelamente, las autoridades rusas trataron de reconducir la situación y anunciaron su disposición a colaborar con la IAAF. Sin embargo, el 17 de junio de este año este mismo organismo comunicaba su decisión

de mantener el veto ante el incumplimiento de las 44 condiciones de readmisión impuestas en noviembre. Finalmente, buscando la conciliación, el COI, máximo organismo olímpico, ha informado que permitirá la participación de atletas rusos bajo bandera rusa y no olímpica como se había especulado siempre que demuestren su limpieza y se sometan a los controles que impongan cada una de las federaciones deportivas. En el momento de escribir estas líneas, sólo 2 de los 136 atletas rusos que han solicitado este procedimiento han sido admitidos. Por su parte, la Federación Rusa de atletismo ha recurrido el veto al TAS (Tribunal Arbitral del Deporte) cuya resolución se espera para el 21 de julio.

Rusia ha vuelto al centro de la escena internacional. Pero no por las razones ni, probablemente, de la manera esperada por el Kremlin. Si algo han reflejado Sochi y el escándalo del dopaje no es esa Rusia *nueva, grande y abierta* que se anunciaba en 2007, sino los aspectos más oscuros del putinismo: la corrupción, el engaño y el papel central de los servicios de espionaje. Los Juegos de Río se han convertido, pues, en un test a la credibilidad internacional y limpieza de la Rusia de Putin. Queda por ver, si consigue medalla en ese test.

